

EL PRÍNCIPE MODELO REFLEJADO EN LAS OBRAS *RELOX DE PRÍNCIPES Y ENSEÑANZAS DE NEAGOE* *BASARAB HACIA SU HIJO TEODOSIO*

Andrei Iulian Din*

El concepto de “Príncipe modelo”

El “espejo del príncipe” es un tipo de manual de comportamiento y moralidad para situaciones de diversa índole, que servirá como ejemplo a nobles, señores o reyes en su cometido de gobernar debidamente la república (cosa pública). Alrededor de este concepto gira una tradición literaria con abundantes obras monumentales y una herencia que llega incluso a nuestros días.

El origen de la tradición del “espejo de príncipes” en Europa es incierto, aunque encontramos vestigios en el período clásico (la *Ciropedia* de Jenofonte o *De Clementia* de Séneca) que después continuarán en el período medieval, un período de ósmosis entre el legado judeocristiano (que será el que más incline la balanza en esta época) y el legado grecorromano (que cobrará un peso significativo con la Escolástica y el Renacimiento) (Llovet, Jordi *et alii* 2012: 90–96); esta ósmosis será la base del contenido poético, dramático y narrativo de la historia de la literatura de Occidente. Algunos autores representativos que tratan el *exemplum*, aparte de los arriba mencionados, son: Agustín de Hipona, Beda, Don Juan Manuel, Esmaragdo de Saint-Mihiel, Geraldo de Gales, Isidoro de Sevilla, Juan Hispalense, Pedro Alfonso, etc. Encontramos, sin embargo, que esta tradición literaria también encuentra analogía en otras culturas (árabe, china o india), lo que nos puede indicar que la imagen del príncipe ejemplar nace de la idea o necesidad colectiva de un modelo de comportamiento concreto. “El hombre medieval se propone asumir la relación entre la conciencia del propio ser y el mundo, al reflexionar en términos objetivos sobre el espacio y sobre la propia condición de existencia en el espacio” (Cioba 2013: 13). La búsqueda va a la par con la conciencia de la existencia de una entidad arquetípica que no llega a materializarse del todo. En el espacio que nos ocupa, la conciencia colectiva se ve influida por el dogma e instituciones cristianas, que ya se habían afirmado y habían sido aceptadas por el orden social de los pueblos herederos del Imperio Romano, además de otros elementos que, a pesar de no ser considerados como esenciales, tienen un peso insoslayable:

* Universitatea Babeş-Bolyai, Cluj-Napoca; dinandreiulian@yahoo.es

“En la Edad Media predominan tres elementos que explican la práctica totalidad de la literatura que se recita y se escribe durante siglos: el cristianismo como base de un cañamazo moral y de costumbres; la cultura cortesana, es decir, las costumbres y los modos de vida que irradian las potentes cortes feudales de la época, y, por fin, la trama compleja de mitos y leyendas populares, nacidas al abrigo de tradiciones de muy difícil cronología” (Llovet, Jordi *et allí* 2012: 105).

La estructura social de la época medievales jerárquica, estamental e inmóvil, no siendo susceptible a cambios hasta avanzada la Baja Edad Media, cuando el movimiento humanista comienza a cobrar impulso; en el caso de España, el momento clave es “cuando en 1394 fue elegido Papa el aragonés Pedro de Luna (Benedicto XIII)” (Rallo Gruss 1979: 27). Las relaciones o realidades de la época giran en torno al poder, donde en la cúspide encontramos a Dios (respaldado por la concepción cristiana de la vida) y después a diversos grupos sociales, entidades que jugarán su papel en el ejercicio del poder; esto más tarde se verá representado primorosamente por Calderón (*El Gran Teatro del Mundo* y el *Gran Mercado del Mundo*), entre otros.

La que fue llamada también Época Oscura estaba experimentando un cambio en el statu quo, y en la sociedad empezaba a hervir el deseo de un giro de perspectiva. Participan, en este cambio, numerosas personalidades que contribuyen a la creación (que aportan a la posteridad) de un modelo arquetípico: el de príncipe modelo. La idea en sí no era novedosa, como decíamos, ya que había aparecido con anterioridad y, además, encontramos también el concepto del “ideal” o modelo caballeresco, o del perfecto cortesano. Aparecen como justificación o respuesta de ciertas necesidades sociales que empezaban a ser éticas y no religiosas: “a finales del siglo XIII, la mística de la realeza se había convertido ya en ética, en filosofía práctica del servicio subordinada a la razón y al criterio natural. Según el criterio natural, el buen gobierno se materializa en la aplicación de un sistema de normas de prudencia, justicia, fortaleza y humildad cristiana” (Cioba 2013: 62).

Estos modelos podían aparecer, también, por el miedo a un factor externo que pudiera poner en peligro las mismas bases por las que se regía todo el mundo occidental y su identidad, el ejemplo más claro de ello es el Islam, que simbolizaba una amenaza directa.

“La identidad será definida ya no como herencia (en términos de raza, dinastía, territorio, usos locales), sino como acto de la conciencia a través del que se edifican los fundamentos morales de la práctica social, lo que corresponde al ímpetu con el que el hombre descubre el universo que lo rodea, incluido el universo de las relaciones interhumanas e intercomunitarias” (Cioba 2013: 169).

Para ello, como respuesta o pilar defensivo, el imaginario colectivo debía aferrarse a algo con lo que se sintiera identificado para justificar su sentimiento de

pertenencia; ese algo se buscó en las “raíces”. Nótese el caso de la Inglaterra anglosajona frente a las incursiones vikingas, el proceso de la Reconquista en España o el caso de los países rumanos que, al ver que no podían hacer frente al enemigo turco, eligen una vía diplomática, intentando oponerse a la asimilación pagando tributo y buscando por diversos medios mecanismos para reforzar la memoria de la identidad nacional (arquitectura, pintura, obras literarias, etc.).

En el presente trabajo proponemos un análisis de la imagen del “príncipe modelo” en dos obras contemporáneas representativas, una perteneciente al ámbito cultural español, se trata del *Relox de Principes* de Antonio de Guevara y la otra perteneciente al ámbito cultural rumano, a saber *Enseñanzas de Neagoe Basarab hacia su hijo Teodosio*; obras de gran valor que marcan un antes y un después en la tradición literaria del siglo XVI.

Análisis del “Príncipe modelo” de Guevara y Basarab

Antonio de Guevara y Noroña (1481–1545) nace en la localidad cantábrica de Treceño en el seno de una familia noble procedente de las Asturias de Santillana. Llegó a la corte en 1492 en calidad de paje del infante Don Juan, aprendiendo sobre las maneras de la vida de palacio. Al morir la reina Isabel la Católica ingresa en la orden de San Francisco; el motivo es susceptible a interpretación, pudiendo ser por convicción religiosa o para buscar prestigio (Alborg 1992: 726). Carlos I le nombrará predicador y cronista oficial de la corte en 1521 por haber demostrado ser un ducho orador. Obtuvo una plaza en el Consejo de la Inquisición de Toledo y después fue nombrado Inquisidor de Valencia, pasando a ser obispo de Guadix en 1528 y en 1536 obispo de Mondoñedo. Fallece en el mismo lugar en 1545.

Neagoe Basarab nace en 1459 aproximadamente. Hijo ilegítimo de Țepelus Basarab y adoptado por el noble Pîrvu Craiovescu, llegó a ser el contable del patriarca para más tarde, en su ascensión política, subir al trono en 1512, teniendo ideas políticas centralizadoras y tratando con dureza a aquellos que no obedecían la ley (Piru 1977: 33–34). Eso sí, el ser implacable en el gobierno no le impidió tener un gran amor por la cultura y el arte; en este periodo escribirá (en eslavo) las *Enseñanzas*, un manual de educación destinado al príncipe que debiera gobernar, enfocado a la política y la moralidad. Neagoe fallecerá en 1521.

Antonio de Guevara encuentra para su príncipe modelo las raíces o la inspiración en el mundo grecorromano y en la fe cristiana, además de añadir el elemento ficticio, mientras que Neagoe Basarab encuentra sus fuentes, aparte de la fe cristiana, en la tradición bizantina (que ya había tenido algunos monumentos de literatura parenética), sin olvidar el substrato rumano y sus propias experiencias.

Cabe mencionar también el hecho que la intencionalidad, aunque vaya encaminada, en principio, en la misma dirección, tiene matices diferenciales. Neagoe Basarab era, como decíamos, hijo ilegítimo (Piru 1977: 33) y tenía ciertas

ambiciones políticas. Guevara intentaba también buscar una posición privilegiada, prueba de ello es su peculiar trayectoria biográfica (Guevara 1994: *XI–XIII*). Estos hechos influirán en el contenido y estilo de ambas obras.

Debemos tener en cuenta el hecho que las circunstancias geopolíticas son distintas. Como también mencionaba Valbuena Prat, España vivía una realidad efusiva, al tener la hegemonía europea y con la conquista de América, proyectaba hacia afuera, hacia el exterior, manifestando un sentimiento universal (Valbuena Prat 1937: 418); mientras que los países rumanos vivían bajo la amenaza turca a partir de la caída de Constantinopla en 1453, por tanto, el sentimiento es uno de protección, de interiorización, de aislamiento.

Desde un primer momento nos llama la atención el hecho que ninguno de los dos autores asume la posición de autor, sino que pretenden ser meros intermediarios. Guevara usando la superchería del manuscrito y Basarab afirmando que a él no le corresponde mérito, ya que solamente transmite lo existente en las Escrituras (*Biblia*). También, en momentos específicos observamos elementos personales, algo que para aquel tiempo, especialmente en el contexto rumano, era novedoso, ya que se alejaba del canon típico medieval, caracterizado por la impersonalidad. Creemos que uno de los elementos personales más destacables es el hecho que ambos autores plantean en sus obras la capacidad del hombre para elevarse en la virtud y construirse en persona, es decir, obtener la nobleza por méritos propios (el éxito propio se convierte en valor social) (Rallo Gruss 1979: 27). Es un ataque en contra del determinismo feudal que ambos llevan a cabo tanto en su vida personal (lucha por sus ambiciones sociales y políticas) como en las obras, ya que vemos numerosas referencias concernientes al buen gobierno donde se insta al príncipe a que tenga especial cuidado de rodearse de buenos consejeros y valorar su sentido del honor no por el título sino por los méritos de cada uno.

Ambas obras iban enfocadas a la educación del príncipe para que fuera un modelo de vida en todos los aspectos: bondadoso, justo, misericordioso, prudente, fuerte, humilde pero también sabio, y esta sabiduría (necesaria para el buen gobierno) deberá obtenerla de las Escrituras, pero también del consejo de sabios/filósofos. Esta recomendación, compartida por ambos autores, ya se había visto representada, por ejemplo, en el binomio Alejandro Magno – Aristóteles o Nerón – Séneca, pudiéndose encontrar otros ejemplos dentro de la literatura medieval.

Guevara recomienda, con cierta malicia, que los príncipes no deben buscar médicos, sino sabios, porque es mayor el daño de la mala gobernación en la república que la enfermedad en la persona (Guevara 2009: 362). La idea es recurrente:

“Una de las cosas que hizo gloriosos a los siglos antiguos y de inmortal memoria a los gobernadoresellos fue los príncipes ser diligentes en buscar sabios para traer consigo”; “todo este daño público no viene sin de no tener

los príncipes cabe sí hombres sabios que les aconsejen en secreto” (Guevara 2009: 361); “la república [...] no se gobierna sino con buenos consejos” (Guevara 2009: 367).

Neago Basarab, por su parte, también recomienda al joven príncipe rodearse de sabios, ya que es, a la vez, prueba de sabiduría y humildad; en traducción libre: “no han escuchado las enseñanzas de sus padres espirituales, ni los consejos de los ancianos, por tanto, haced caso y entended sus vidas y obtendréis sabiduría” (Basarab 1971: 139), “el señor que no preguntare a sus consejeros, ese no obra bien” (Basarab 1971: 267).

El príncipe debe buscar la paz. Ambos defienden que el príncipe debe buscar convivir pacíficamente, a veces a costa de renunciar a ciertas ventajas o privilegios a favor “del otro”, pero por el bien común:

“No por otra cosa los romanos desseavan para aquel buen príncipe más que para sí mismos la vida sino porque les tenía en paz la república. [...] ¿Qué bien puede tener la república en la qual ay dissensión y guerra? Diga cada uno lo que quiere, que sin paz ninguno goza de lo que tiene, ninguno come sin sobresalto, ninguno duerme con reposo, ninguno anda por camino seguro, ninguno se fia de su vezino; finalmente digo que, en tiempo que no ay paz, cada día nos amenaza la muerte y cada hora se nos quiere despedir la vida. [...] ¿Qué aprovecha que el príncipe destierre a todos los vicios de su república si por otra parte la tiene puesta en guerra?” (Guevara 1994: 747).

“Más vale dessear breve guerra por larga paz, que no breve paz por larga guerra. [...] El buen christiano más obligación tiene a conservar la paz que Christo tanto le encomienda, que no a inventar una guerra para vengar su injuria propia [...] por ninguna cosa temporal avían de consentir sangre humana derramar. [...] Finalmente digo, ruego, exorto y amonesto a todos los príncipes y grandes señores que amen la paz, procuren la paz, conserven la paz y bivan en paz; porque en la paz ellos serán ricos y sus pueblos bienaventurados.” (Guevara 2009: 756–757); “porque los buenos príncipes no se han de preciar de quitar a muchos las cabeças, sino de reformar y tener en paz a las repúblicas” (Guevara 2009: 690).

“Si viereis lengua pagana alguna ir contra vosotros con gran hueste y gran poder, vosotros no hagáis par con ellos ni intentéis combatirlos en aquella hora, mas pensad qué debéis soltar de vuestras garras de lo cazado, es decir, las riquezas, para darles de comer y así os dejarán como el águila deja al halcón.” (Basarab 1971: 279, trad. nuestra); “vosotros dadles el dinero que pudiereis, y no améis los alzamientos y las guerras, ni penséis en batiros con ellos.” (Basarab 1971: 278, trad. nuestra).

En el *Relox* y en las *Enseñanzas*, los autores dan razones por las que en la república es bueno que no haya más de un príncipe que mande en ella, sosteniendo

la idea que el príncipe es el que tiene el favor divino y por ello le corresponden atribuciones a la vez que responsabilidades. Guevara sostiene “que uno mande a todos y todos obedezcan a uno” y que “vemos por experiencia que, para que los elementos se compadezcan juntos y se conformen los cuerpos mistos, es necesario que un elemento mande más que todos [...] y que todos obedezcan a una persona virtuosa porque esté bien gobernada la república” (Guevara 2009: 241, 243). En Basarab encontraremos frecuentemente el uso del término “ungido” o “ungido por Dios” como respaldo a la autoridad del príncipe, que solo puede recibirse directamente de Dios, quedando los demás hombres a su servicio: “los escogidos y ungidos por Dios”, “no te han ungido ellos señor, sino Dios, para que seas para todos ley” (Basarab 1971: 256, trad. nuestra).

Alexandru Piru argumentará que Neagoe Basarab es el primer postulante de la idea que el origen del poder del señor o príncipe y su razón de ser son de derecho divino, teniendo el príncipe autoridad suprema en un estado feudal (Piru 1977: 35).

Al príncipe no puede faltarle el calificativo “justo”. Encontraremos muchos pasajes semejantes en ambos autores, que insisten sobre el hecho que la justicia es una de las características más importantes para un príncipe, ya que este es el modelo de “caballero cristiano” ante los hombres. “Todo el bien de la justicia está en que el príncipe sea honesto en su persona, cuidadoso en su casa, zeloso de su república y muy delicado en su conciencia” (Guevara 2009: 690). La justicia, según Guevara, no debe ser entendida como castigo, sino como obra subordinada a la rectitud: “ay de la república do los gobernadores y juezesdella no ponen los ojos sino en lo que han de castigar” (Guevara 2009: 692). Dios otorga el poder justiciero a los príncipes, pero no estos actúan por voluntad propia: “pues los príncipes de todas las cosas se han de llamar señores si no es de la justicia (que sólo son ministros)” (Guevara 2009: 695). En el ejercicio de la justicia, el príncipe debe informarse de las cosas de ha de remediar y no ser perezoso en el ejercicio de la justicia, porque esto supone un “inescusabledescuydo do pone en detrimento su honra y en gran peligro su conciencia” (Guevara 2009: 696).

Neagoe Basarab compartiría la opinión de Guevara: “es menester que el emperador y el señor juzguen con rectitud y sin hipocresía” (Basarab 1971: 129, trad. nuestra). El príncipe será juzgado y obtendrá el favor de Dios en función de como juzgue: “si hubieres de juzgar y medir con hipocresía, te condenarás en gran medida, mas si hubieres de bien juzgar y bien medir con rectitud, de plena rectitudes gozarás” (Basarab 1971: 257, trad. nuestra).

El desprecio hacia las cosas del mundo es, también, esencial para el príncipe ejemplar, ya que él mejor que nadie debería saber que todo lo que hay en el mundo es un manifiesto engaño, la verdad hallándose solo en el modelo de rectitud cristiano.

“Éste, pues, éste es el mundo, nuestro crudo enemigo” (Guevara 2009: 898), “¡o!, vanidad de vanidad, do todo huele a vanidad, do todo suena vanidad, do todo sabe a vanidad, do todo parece vanidad; y muy poco es parecer vanidad

sino que de hecho es vanidad; porque tan gran falso testimonio levantaría el que dicesse que en este mundo ay cosa fixa, sana y verdadera como el que dixere que en el Cielo ay cosa instable, caduca y falsa” (Guevara 2009: 899), “aconsejaría yo a los príncipes y grandes señores que ni creyessen al mundo, ni a sus regalos; y mucho menos creyessen a sí mismos, ni a sus vanos pensamientos” (Guevara 2009: 901).

Bien es cierto que, aunque hay varios pasajes que tratan “el mundo como manifiesto engaño” dentro de las *Enseñanzas*, hemos querido evidenciar el lirismo de un fragmento simbólico dentro de la obra del autor rumano, se trata del pasaje del unicornio, que es una representación de la muerte de la que no podemos escapar y ello nos hace reflexionar sobre lo efímero y falaz de las cosas de este mundo. En dicho pasaje un unicornio persigue a un hombre, este, en un momento dado, caerá en un hoyo donde encontrará serpientes, ratas y fuego, pero también un árbol y miel; el hombre empezará a comer la miel y se olvidará de todas las alimañas que lo rodean y del árbol que podría sacarlo del hoyo. El unicornio representa la muerte, que siempre nos persigue y está al acecho, el hoyo es este mundo, la miel simboliza los placeres sensoriales que nos acaban embaucando hasta olvidar las alimañas, el fuego (infierno) y el árbol, que es la vida del hombre, vida que puede aprovecharse para salir del hoyo y ascender hacia la salvación. “Este mundo en verdad es malo y engañoso” (Basarab 1971: 208, trad. nuestra).

Otro aspecto de suma importancia en el que ambos autores insisten es el referente a los vicios. El príncipe debe evitar todo tipo de vicios y ser equilibrado en el comer, el beber y el hablar, para que no le afecte en el buen gobierno de la república y que sea un punto de referencia para sus súbditos.

“Los que son generosos y virtuosos, lo que han de comer ha de ser limpio, ha de ser bien aderaçado y, sobre todo, que se les dé con sazón y tiempo; porque de otra manera el comer mucho y de muchas cosas a los moços házelos enfermar [...] que no sólo sean templados en el comer, mas aun que sean sobrios en el beber, y esto assí para la conservación de su salud como para la reputación de su honestidad” (Guevara 2009: 786).

“Itendevn tener los príncipes y grandes señores muy gran advertencia en los vestidos que truxeren [...] con obras muy virtuosas, andar muy limpios, andar muy bien vestidos y andar bien acompañados” (Guevara 2009: 789), “los príncipes y grandes señores que de avaricia son vencidos, dudo yo que se vean ellos de muchos reynos vencedores [...] es tan odioso y es tan peligroso el vicio de la avaricia, que si se pussiese a escrevir todos los males que en él ay mi pluma, no sería más que presumir de agotar el mar de agua” (Guevara 2009: 816).

Por su parte, Neagoe Basarab defiende también que el príncipe no debe dejarse llevar por los placeres de la vida: “porque aquel hombre que pone todo su pensamiento en el canto y en los juegos, ese no tiene mente suficiente” y hablando

a Teodosio directamente, le insta que “no cargue al cuerpo de embriaguez” (Basarab 1971: 258, 259, trad. nuestra).

Consideramos que estos son los temas que más ponen en evidencia las semejanzas que existen entre las obras estudiadas, sin embargo, encontramos también otros temas en los que los autores coinciden: la defensa del “Dios verdadero”, que todos los seres humanos son iguales ante las leyes divinas, de los consejos que debe seguir el príncipe cuando llegue a la vejez, del cuidado que deben tener los príncipes con los más necesitados y el que los señores no sean amigos de los juglares o truhanes.

Conclusiones

Cabe mencionar que frente a otros “modelos” de príncipes, como el de Maquiavelo (más laico), el de los autores que nos ocupan mantenían la herencia cristiana más aplicada a la vida social y política, y, a pesar de haber pertenecido a contextos culturales diferentes, el enfoque y la temática de sus obras parecen tener un número considerable de similitudes.

Guevara llegó a ser uno de los autores más populares de la Europa occidental, a pesar de las censuras académicas contra el estilo y la historicidad (Vosters 2009: 281) porque pone al alcance del vulgo (en romance, originalmente) la Antigüedad, para su deleite y también con intención didáctica (Rallo Gruss 1979: 71). Además, aportó su estilo característico, que acabará por influir a autores prolíficos como Cervantes, La Fontaine o corrientes como el Eufuismo. Neagoe Basarab, por su parte, deja un testamento ideológico y político que influirá la sociedad rumana de los siglos venideros en gran manera. Y decimos sociedad rumana incluyendo también sus emanaciones culturales como la literatura, porque lo que Neagoe Basarab capta y transmite es un sistema ideológico que definía a la sociedad medieval de los países rumanos en aquel preciso momento histórico. Las *Enseñanzas* de Neagoe Basarab son “un libro profundamente humano, con posibilidad de resonancia más allá de las posibilidades de una cultura” (Zamfirescu 1981: 107). Si se valorara desde la mira de la tradición literaria occidental, parecería una obra parenética más, pero tenemos que tener en cuenta que las condiciones en las que se desarrolla la literatura en los países rumanos son diferentes y una obra así (con cierto carácter enciclopédico) representó una revolución desde muchos puntos de vista. Además, no debemos olvidar que un aporte importante de estos autores fue su particular estilo: “La aportación esencial de los humanistas fue el estilo. Eran retóricos y oradores y descubrieron para occidente el encanto de la frase bien construida, de amplio vuelo; la gracia de la comparación pertinente; la imagen certera y al mismo tiempo transparente...” (Pedraza 2012: 43).

El sistema filosófico que crean ambos autores (que gira alrededor del príncipe modelo) encuentra diferencias, pero hemos querido evidenciar, por encima de todo, lo común. Desde la caída del Imperio Romano cada espacio cultural siguió su camino, sin embargo, después de un milenio en el que ocurren cambios evidentes,

especialmente en el ámbito religioso (Iglesia) y social (el sistema feudal de ambos espacios encuentra diferencias notables), encontramos que los interrogantes existenciales a los que el inconsciente colectivo intenta dar una respuesta van encaminados hacia la misma dirección, lo que podría hacernos reflexionar sobre qué une y separa realmente a ciertas culturas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alborg, Juan-Luís, 1992: *Historia de la literatura española*, vol. I, Madrid, Editorial Gredos, S. A.
- Basarab, Neagoe, 1971: *Învățăturile lui Neagoe Basarab către fiul său Theodosie*, text ales și stabilit de Florica Moșil și Dan Zamfirescu, cu o nouă traducere a originalului slavon de G. Mihăilă, studiu introductiv și note de Dan Zamfirescu și G. Mihăilă, București, Editura Minerva.
- Cioba, Mianda, 2013: *Ficciones de la identidad a finales del medioevo hispánico*, București, Editura Universității din București.
- Guevara, Antonio de, 1994: *Relox de Principes*, estudio y edición de Emilio Blanco, Madrid, ABL Editor.
- Llovet, Jordi; Caner, Robert; Catelli, Nora; Martí, Antoni; Viñas, David, 2012: *Teoría literaria y literatura comparada*, Barcelona, Editorial Ariel.
- Pedraza Jiménez, Felipe B.; Rodríguez Cáceres, Milagros, 2012: *Las épocas de la literatura española*, Barcelona, “Ariel Letras”, Editorial Planeta, S.A.
- Piru, Al., 1977: *Istoria literaturii române de la origini până la 1830*, București, Editura Științifică și Enciclopedică.
- Rallo Gruss, Asunción, 1979: *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*, Madrid, Cupsa Editorial.
- Valbuena Prat, Ángel, 1937: *Historia de la literatura española*, vol. I, Barcelona, Gustavo Gili – Editor.
- Vosters, Simon-A., 2009: *Antonio de Guevara y Europa*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Zamfirescu, Dan, 1981: *Contribuții la istoria literaturii române vechi*, București, Editura Științifică și Enciclopedică.

THE MODEL OF THE IDEAL PRINCE REFLECTED IN THE WORKS *DIAL OF PRINCES* AND *THE TEACHINGS OF NEAGOE BASARAB TO HIS SON THEODOSIE*

ABSTRACT

In the present paper we intend to put up for discussion the concept of the “ideal prince”, reflected in the works of two important authors in the history of medieval literature, namely Antonio de Guevara’s *Dial of Princes* and Neagoe Basarab’s *The teachings of Neagoe Basarab to his son Theodosie*. An entire philosophical system was built around this concept, from the Classic Era to the Renaissance, and the ideology behind it represented the answer to certain existential questions that a collective unconscious had at a certain point. In spite of the many political and cultural differences between the Spanish and Romanian context, the prince reflected in both authors’ works seems to have many similar features that make us think about where we draw the line between what identifies cultures.

Keywords: Antonio de Guevara, Neagoe Basarab, “ideal prince”, education of princes, 16th –century literature